

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 467

25 CTS.

E
B



Llamas de
pasión

6
POR
Jacqueline
Logan

FilmoTeca
de Catalunya



MELFORD, George

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Marlo Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 467

Llamas de pasión

SALOMY *JUNE, 1923*
Dramático asunto interpretado por

Jacqueline Logan x



No Colección L'Amor
** Dudley MURPHY*

Exclusiva de

Cinematográfica Almira

Rambla de Cataluña, 46

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

MILES MANDER

Llamas de pasión

Argumento de la película

Se levanta una poderosa empresa industrial en la costa de Borneo, la gran isla del archipiélago malayo, donde flamean, tórridas, como su clima, las pasiones de los hombres.

Cramsey, Hearne y Bohanan, estaban al frente de la sociedad. Para entretener las horas de ocio, jugaban a los naipes.

Cramsey y Bohanan eran dos sujetos de ciudadano, verdaderos aventureros sin conciencia. Hearne era un buen muchacho, aunque algo aficionado a la bebida.

La suerte favorecía aquella tarde a Hearne... Entró un indígena trayendo unas botellas de vino para Hearne, que éste, suspendiendo el juego, descorchó con voluptuoso deleite,

Sus dos compañeros cambiaron una mirada de inteligencia. Era preciso que Hearne dejase de ganar.

Y sin que el bebedor se diera cuenta, Cramsey puso un naipe en uno de los bolsillos de Hearne.

Reanudado el juego, Bohanan se levantó y arrebató a Hearne la carta que éste ignoraba llevase consigo.

—¡Es usted un tramposo indecente!—le dijo.

—¿Tramposo yo? Eso es una combinación, una superchería.

Arrojóse contra Bohanan, pero éste empuñó un revólver, y comenzó entre los dos hombres una violenta pelea. Consiguió Hearne arrebatarse el arma, mas al hacerlo se le disparó viniendo a herir a su contrario.

Horrorizado, creyendo haberle muerto, huyó Hearne rápidamente, temiendo su próxima detención.

Cramsey fué a auxiliar a Bohanan, y éste levantándose, dijo:

—Nada, Cramsey... El susto fué más que el daño... Un ligero rasguño en el hombro. Poca cosa.

—¡Magnífico!... Pero Hearne ha huído como alma que lleva el diablo... dejándose aquí sus ganancias... No creo que vuelva por su dinero... ni vamos a dejarlo aquí.

—Piensas como un sabio... Nos lo repartiremos.

Bohanan hizo las reparticiones que causaron la mayor indignación a su camarada.

—¿Cómo? ¿Es esa la igualdad en las participaciones? ¿Por qué te quedas con la mayor parte?



Horrorizado, creyéndole muerto...

—Llevar la banca me da derecho a algo más... ¡digo yo!

—¡Ah, pillo!

Roído por la ambición, dando impulso una vez más a su alma malvada, Cramsey cogió el revólver que Hearne había dejado en el suelo y a quemarropa disparó un tiro contra Bohanan.

Este lanzó un gemido y cayó muerto.

Cramsey se apoderó entonces de todo el dinero y se dispuso a salir. No temía las consecuencias de aquella muerte. Hearne se llevaría la culpa.

Pero un negro había presenciado desde la ventana el vil asesinato. Y cuando Cramsey salió, vió a aquel hombre que le espiaba, y cogiéndole brutalmente le hizo entrar en la casa.

—¡Perro espía!—le dijo, amenazador—. ¡Me están dando intenciones de enviarte con tus cochinos abuelos!

—Perdón, yo...

—Si dices una palabra, mal bicho, tu boca de soplón se queda sin lengua.

El negro prometió guardar silencio, y sólo bajo esta condición, Cramsey le dejó partir.

Luego, el miserable salió de la casa para ir a dar cuenta a la justicia de lo ocurrido, disfrazándolo a su modo.

Entretanto, Donato Hearne, se había dirigido a su casa donde le esperaba su hermana Juana que no tenía más compañía ni afecto en el mundo que los de él.

—¡He matado al compañero de Cramsey!—le explicó con voz temblorosa, narrándole lo sucedido.

—¡Pobre Donato!

—¡Me voy a la isla del Desamparo, hermana!... No estaría seguro en otro lugar.

—¡No te vayas, Donato, por favor! ¡No volverás nunca de ese espantoso infierno!

—Es mi única salvación, Juana... ¡Tú sabes qué sumarísima es la justicia en nuestra isla!

Y después de besar y abrazar a Juana y guardarse varias provisiones y dinero, salió de su hogar, hacia el puerto, buscando el mejor medio para escapar cuanto antes de la isla.

Una hora más tarde, Juana que sufría horriblemente ante la intempestiva desgracia que había destruído su hogar, sin otro consuelo que las palabras bondadosas de su criado, recibió la visita del traidor Cramsey, quien jurándole una falsa amistad, le dijo:

—Yo hice cuanto pude por evitar el crimen, señorita Juana... Puede usted contar conmigo para todo.

—Gracias, amigo... pero... déjeme sola... se lo ruego... Estoy demasiado conmovida... Mi pena quiere soledad.

Cramsey no la quiso molestar con su compañía. Ya volvería alguna otra vez para indicar a Juana cuáles eran sus verdaderas intenciones. Porque Cramsey la amaba con toda la violencia de un carácter otoñal, ya en declive...

* * *

Donato Hearne se había escondido en el barco del joven capitán Tomás Meloy, ocultándose en uno de los botes de salvamento.

Fué ya en alta mar, cuando Meloy y el segundo de a bordo le descubrieron. Su primera intención fué echarle al agua, pero luego, con-

movidos por las súplicas de aquel hombre, le dejaron, como era su deseo, en la Isla del Desamparo.

El buque después de tocar en varios puertos de la isla, volvió al lugar donde había la factoría industrial.

Mientras tanto, Cramsey no cesaba de hacer frecuentes visitas a Juana que carecía de toda noticia de su hermano y eso le hacía pensar en negros y tristes acontecimientos.

—¡No se apene usted, Juana!—le decía—. Pronto hará un mes que su hermano huyó... Ya no le cogen.

—Veo cuánto le afecta mi desgracia, señor Cramsey, y se lo agradezco muy de veras.

—¡Ah! ¿No comprende, Juana?—dijo pretendiendo acariciarla—. Es que me interesa usted... es que la quiero...

—Le ruego que no siga... Yo no puedo pensar en esas cosas mientras ignore la suerte de mi hermano.

Apartóse de él, yendo hacia la ventana. Cramsey la siguió y éste vió entonces que venían en dirección a la casa dos agentes de policía y aquel negro que había presenciado su crimen.

Tuvo el presentimiento de que el indígena le había denunciado. Y no se equivocaba. El negro, que veía sufrir a la señorita Juana, agitado por los remordimientos, fué a confesar a unos agentes:

—Yo... yo... tengo que decirlo, señores... Cramsey mató a Bohanan... yo lo vi...

Y aunque sin dar demasiado crédito a aquellas palabras, los policías se dirigieron a la casa de Juana, donde estaba de visita Cramsey, según aseguraba el negro.

Cramsey al ver acercarse aquella gente, dió un grito y sin decir una sola palabra a Juana, saltó por una de las ventanas que daban a la parte posterior y huyó a campo traviesa.

Extrañada Juana ante aquella actitud, abrió la puerta.

—¿No estaba aquí Cramsey?—preguntó un agente.

—Acaba de salir en una repentina huída de terror... Es incomprensible.

—Este negro, señorita Juana, me ha declarado que Bohanan fué muerto por Cramsey.

Un rayo de alegría iluminó las facciones de la muchacha.

—Entonces... ¿puede ya volver mi hermano?

—Es inocente. Nada ha de temer.

—¡Gracias, gran Dios! He de ir a buscarle.

Y mientras los agentes y el negro abandonaban la casa, deseosos de dar con el asesino, Juana se disponía a buscar un medio para ir, en un arrojado de valor, a la Isla del Desamparo y sacar de ella a su hermano, injustamente perseguido.

* * *

Dos días después, Juana embarcaba en el paquebote de Tomás Meloy, para que la condujesen a la Isla del Desamparo.

El joven capitán accedió a ello, aunque extrañando que muchacha tan bella tuviese algún negocio en aquella isla donde no imperaba otra voluntad que la de un tiranuelo.

Cramsey en compañía de un amigo suyo, descubrió que Juana se encontraba en el barco, y subió a él con ánimo de raptar a esa muchacha a quien amaba con fuerte pasión e impedirla al propio tiempo que fuera a reunirse con su hermano.

Pero al pisar cubierta, fueron descubiertos por el capitán y sus hombres quienes les encerraron en una bodega.

Durante la primera noche de navegación, el capitán, feliz de tener por pasajera a mujer tan linda como Juana, la mandó llamar y le preguntó sonriente:

—¿No me quiere usted decir a qué va a la Isla del Desamparo? ¡Ese no es sitio para una mujer!

—No hay quien vaya por mí... y tengo allí a mi hermano—replicó con serenidad.

—¿Tal vez sería su hermano un polizón que llevé en mi último viaje a esa isla?

—¡Oh, quién sabe! Dígame... dígame... ¿cómo era?

Le dió varios detalles y Juana no tuvo ya duda alguna de que se trataba de su hermano.

¡Qué inmensa alegría le invadió! ¡Volver a reunirse con él, formar otra vez el hogar familiar!

El capitán, sonriente, quiso invitarla a beber

una copa, pero ella le rechazó, interpretando mal las atenciones de Tomás Meloy.

—La travesía es larga, señorita. A usted le conviene que seamos amigos.

Pero Juana que sólo deseaba vivir por su hermano, dejó el camarote del capitán.



—La travesía es larga, señorita...

Al salir, dos hombres se arrojaron sobre ella, amordazándola y llevándola en brazos a uno de los botes de salvamento que se dispusieron a arriar.

Aquellos dos hombres eran Cramsey y su amigo que habían conseguido escapar de la bodega.

A los gritos que daba la muchacha, salió el

capitán y al ver lo que ocurría, lanzóse contra los raptos, pero éstos le derribaron y le echaron al fondo de la barca.

El segundo de a bordo que quiso ir en auxilio de Tomás Meloy, fué amordazado y derribado sobre cubierta.

La lancha fué bajada al mar, yendo en ella, los raptos, Juana y el capitán.

Este volvió poco después en sí, pero bajo la amenaza de los revólveres que le apuntaban aquellos dos malvados, vióse obligado a remar fuertemente, alejándose del barco de su mando.

Juana, sentada en la popa, le contemplaba con piedad comenzando a sentirse interesada por aquel hombre que sufría por defenderla... Al propio tiempo un terror atroz dilatava sus pupilas cada vez que Cramsey la miraba.

¿A dónde les conducía ese hombre, ese asesino, por culpa del cual Hearne estaría, tal vez, sufriendo tantas penalidades?

Cramsey, riendo, bebió un poco de vino, ofreciéndoselo luego sarcástico al capitán. Este se lanzó contra él en un impulso generoso de protesta.

Juana ayudó al capitán contra aquellos dos hombres y en el transcurso de la lucha, la barca zozobró, cayendo todos sus tripulantes al agua.

Las estrellas iluminaron unas cabecitas que se agitaban en el mar, luchando denodadamente contra las olas.

Cramsey, prescindiendo ya de Juana y del ca-

pitán, sólo procuró salvarse, nadando fuertemente hacia una posible costa que la noche impedía distinguir.

Y en compañía de su amigo, fué alejándose, alejándose; con un temor poderoso, de hundirse para siempre.

El capitán sabía nadar bien y se ocupó de Juana, avanzando con ella hacia el lugar opuesto por donde habían marchado los dos raptos.

Y fué al amanecer cuando Tomás Meloy distinguió una isla desierta, adonde dirigió sus pasos arrastrando a Juana, a quien el frío y el cansancio habían casi desvanecido.

Juana volvió lentamente en sí gracias a los cuidados de aquel buen muchacho, cuidados que agradeció con toda su alma, cesando la hostilidad que al principio había sentido contra el capitán que resultaba un perfecto caballero.

Recorrieron la isla, viendo que estaba abandonada... Y durante dos, tres días tuvieron que vivir de los frutos que encontraban en los árboles y con la esperanza de que algún barco pasara a recogerles.

La soledad, la misma desgracia, el afecto y la necesidad de la compañía, convirtieron la amistad de sus dos corazones en un tierno sentimiento de amor.

Juana desfallecía a veces, temiendo no les recogieran nunca, pero el capitán la llenaba de optimismo, asegurándola que habrían de venir a recogerles.

—Mi segundo no me abandonará... Estoy se-

guro de que habrá tomado el mando del barco y buscará por todas las islas hasta encontrarnos.

Después, riendo cogió una piedra de acerado canto y quiso, caprichosamente, afeitarse con ella.

Viendo la imposibilidad de hacerlo, la lanzó lejos de sí y preguntó a Juana:

—¿Recuerda usted, Juana, si la Biblia dice cómo se afeitaba Adán?

—¡Qué buen humor el suyo, Meloy!

—Es que esto es para mí un segundo Paraíso.

—También yo, Meloy, viviría a su lado dichosa; pero... ¿y mi hermano?

—No sufra por él... Apenas seamos recogidos iré a rescatarle.

Y acarició a su compañera de desierto y sus labios se unieron en un tímido beso.

* * *

Cramsey había sido recogido por un barco malayo. Dándole mucho dinero, pudo Cramsey conseguir del capitán buscara por todas las islas a Juana.

La pasión por aquella mujer crecía en el alma de Cramsey. Necesitaba a Juana y no quería que fuese a reunirse con su hermano.

Y un día, a media tarde, al pasar ante la isla donde estaban los naufragos, vieron que éstos encendían fuego y hacían señales de socorro.

—Por última vez, señor Cramsey—dijo el capitán que era un terrible pirata—, iremos a tie-

rra, y, si no es la señorita que usted desea, no buscaremos más.

—El corazón me dice que se trata de ella.

A la vista de un barco, Juana y Meloy encendieron fogatas, solicitando socorro, sin pensar



—*Apenas seamos recogidos iré a rescatarle.*

que en aquel buque navegase nada menos que el terrible Cramsey.

Sólo se dieron cuenta de esa amarga realidad, arrepintiéndose de haberlo llamado, cuando vieron desembarcar a Cramsey en la lancha que venía a recogerles. Cramsey iba con el capitán pirata y varios tripulantes.

Aterrorizados Juana y Meloy quisieron huir.

pero era ya demasiado tarde. Los marineros a una orden de Cramsey que sonreía triunfalmente al ver en su poder a Juana, les detuvieron.

—He ido registrando isla por isla para encontrar a ustedes—les dijo—. Luego dirán que no me tomo interés.

Quiso acariciar a Juana, pero ésta le rechazó.

—Ni siquiera un poco de gratitud merezco por haber salvado a usted, ¿querida Juana?

—¡Oh, apártese! ¡No me toque!

Como Cramsey insistiera en acariciarla, Tomás Meloy avanzó hacia él en actitud amenazadora, pero el puño violento del asesino hizo caer en tierra al capitán, sin conocimiento.

Cogió Cramsey a Juana y a pesar de sus protestas la llevó al bote. Los marinos remaron vigorosamente hacia el barco.

Izado el bote a cubierta, desembarcaron Juana, Cramsey y los marineros.

Cramsey arrastró a Juana hacia una de las cámaras, y ya en ella, pretendió abrazarla de nuevo.

—¡Déjeme! ¡Le odio, le aborrezco!—gritó con todo el ímpetu de su corazón indignado.

—Pero... ¿por qué esa antipatía? Si yo la amo Juana—insistió estrechándola otra vez entre sus brazos poderosos.

En aquel instante apareció el capitán pirata con varios tripulantes, y Cramsey reprimió sus ímpetus.

El capitán contempló con ojos apasionados a

la linda mujer y sintió en su cuerpo el latigazo del deseo.

—Señor Cramsey — dijo riendo —, ¿de ese modo tratáis a la bella señorita?

—¡Es un asesino, capitán! ¡Ese hombre es un asesino!—gritó Juana.



—¡Oh, apártese, no me toque!...

El pirata volvióse hacia sus hombres y les dijo, siempre con una sonrisa irónica que helaba las venas:

—¿Oís? Tenemos un asesino en mi pacífico barco. Esto es terrible.

—¡Miente esa mujer!—gritó Cramsey.

—¡Es verdad... es verdad!—insistió Juana.

El pirata mirando con falsa ternura a Juana, le dijo:

—La creo, señorita... Es mejor que encerremos a ese mal hombre, ¿no?

—Sí... sí...

—¡Imbécil!—dijo Cramsey—. Usted misma se ha entregado a los peores piratas de las islas.

Juana se estremeció.

—¡No le haga caso, señorita!—dijo el corsario—. Ese hombre es más temible de lo que yo pensaba. Mejor es que le pongamos hierros en manos y pies, ¿no?

Ella guardó silencio, comprendiendo que no debía empeorar su situación contrariando al pirata.

¿Cómo salir de aquel atolladero?

Cramsey fué atado y encerrado en una de las bodegas... Juana respiró tranquila con respecto a ese hombre. Por el momento no le debía temer. Ahora lo que importaba era procurar que el pirata no la hiciese daño.

—Tú cenas conmigo, señorita—le dijo el capitán—, y me contarás la historia de ese mal hombre, ¿no?

La joven respondió revistiéndose de serenidad:

—Acepto... Yo le tenía al principio miedo, capitán... pero con un hombre valiente como usted, ya no le temo...

—El capitán Motilla es siempre amigo de las

señoras que necesitan un hombre valiente—respondió alegremente.

Y horas después cenaba con la muchacha, y ella le contaba su historia.

El capitán pareció mostrarse propicio a llevarla a la Isla del Desamparo... Juana se mostró coqueta con él, procurando sortear difícilmente los anhelos maléficos de aquel hombre.

No le convenía exaltarle, pues era la única esperanza de que ella pudiera ir a reunirse con su hermano.

Una vez con Hearne, ya procurarían librarse de la compañía del pirata.

* * *

Horas después, recogido por un buque mercante, Tomás Meloy no tardó en hallarse en seguridad a bordo de su propio paquebote.

—No perdamos tiempo con mi historia, Alec—le dijo al segundo de a bordo que deseaba detalles de su odisea—. Prepárate para afrontar una empresa dura y tal vez peligrosa.

—¿Qué hay que hacer?

—Hagamos rumbo a las Molucas... puerto de la Isla del Desamparo.

Tras varias horas de navegación llegaron a la Isla del Desamparo... ¡Fondeadero de barcos piratas! ¡Anclaje de delincuentes, fugitivos de la ley! ¡Un país de muertos que viven!

Meloy y su segundo desembarcaron en la isla.

—Vengo a ver a Yut Sen, el gobernador de esta isla—dijo a uno de los guardianes.

—Comunicaré a Yut Sen el deseo del estimable caballero—contestó el agente con la falsa zalamería de las razas orientales.

Concedida la audiencia, Meloy entró en la casa donde habitaba el tiránico señor de aquella isla.

Alec, el segundo, quedó en una de las salitas contiguas, bromeando con unas muchachas que no le parecieron demasiado difíciles de alcanzar.

Meloy se inclinó ante un hombre bajito que estaba sentado en un sillón y se abanicaba ceremoniosamente.

—Los oídos de Yut Sen están abiertos, señor. ¿Qué te trae a mi celestial isla?

—Vengo por un hombre blanco—repuso el capitán, deseoso de rescatar a Hearne para luego dirigirse todos juntos a buscar a Juana—. Se llama Donato Hearne.

—Ahora sabremos si está en la isla.

Consultó un libro y al cabo de unos momentos dijo con una sonrisa helada:

—Donato Hearne está aquí... pero le detuvieron en la isla por haber agredido a uno de mis guardias... Por lo tanto, habrá de trabajar tres años para liquidar su deuda... ¡Así está escrito en el Libro Rojo!

—¡Yo saldaré esa deuda con oro holandés!—contestó procurando contener su indignación.

—Soy enemigo de los holandeses, querido señor. ¡Desprecio su mercancía y aborrezco su oro!

—¿No es posible, pues, esa libertad?

—No, e imploro por ello tu disculpa, señor. Fuera de esto, toda la hospitalidad de mi isla está a tu servicio.

Comprendiendo que era inútil insistir, Tomás Meloy abandonó la isla en compañía de su segundo.

Sin embargo, el barco permaneció en el puerto, pues Meloy estaba forjando planes que luego rechazaba por desatinados para salvar a Hearne.

Horas después Alec le advirtió que acababa de atracar en el puerto un barco que tenía todo el aspecto de pirata.

Aquella palabra estremeció a Meloy y le hizo recordar inmediatamente unos rostros orientales que habían ido a rescatar a Juana de la isla.

¿Serían ellos mismos? ¿Estaría tal vez allí aquella criatura querida?

Poseído de una agitación febril, dijo a su segundo:

—¡Vamos a tierra, Alec!

Y Alec se alegró infinitamente de ello pues tendría ocasión de volver a ver a las mujeres del harem de Yut Sen, preciosas y codiciables.

* * *

El pirata Motilla había desembarcado poco antes en compañía de Juana. Pero ello obedecía a que Juana le acababa de prometer que sería su esposa.

Si a ese punto llegaba aquella dulce y bondadosa mujer era por amor a su hermano. Comprendiendo que si no prometía casarse con el pirata, éste no aceptaría interceder para el rescate de Hearne, la desdichada tuvo que llegar a aquel suplicio... Ahogó nobles sentimientos que su corazón experimentaba por el capitán Tomás Meloy y toda ella no fué más que una sola palabra: sacrificio.

Motilla y Juana hablaron con el gobernador Yut Sen acerca de la libertad de Donato Hearne.

Yut Sen acabó accediendo a los consejos de su amigo cuando éste le dijo que en sustitución del hermano de Juana le daría otro hombre: Cramsey, para que cumpliera la misma pena.

Juana, con los ojos bajos, asistía a la reunión, preguntándose si tendría valor para resistir casarse con un hombre tan repulsivo como el pirata. ¡Oh, quizás su hermano idease algo para salvarla a ella!... ¿Y el capitán Tomás Meloy? ¿Dónde estaba ese hombre? ¿Se hallaba aún en la isla abandonada? Ella iba a pedir también que fuesen a recogerle y le pusieran en libertad.

Su alegría fué imprevista, inmensa, cuando vió aparecer en la sala de audiencias, a Tomás Meloy.

Los dos jóvenes cambiaron una dulce mirada, de mutua ayuda, de fervorosa esperanza. ¡Animo, Dios no querría el triunfo del mal!

Yut Sen, sorprendido al ver de nuevo al capitán, le dijo:

—Mi querido señor Meloy... me alegro de verte... Y deseo presentarte al capitán Motilla, mi gran amigo.

Los dos hombres se midieron con una mirada dura, reconociéndose por haberse visto en la abandonada isla.

—¡Buenas noticias, señor!—siguió diciendo Yut Sen—. El capitán Motilla y su futura esposa han influído para que acceda a tu deseo.

—¿Su... futura... esposa?—dijo Meloy, horrorizado.

Juana, sin osar mirarle, como una delincuente, exclamó:

—Le prometí mi mano... por amor a mi hermano... si lo libertaba...

—¡Pobre Juana!

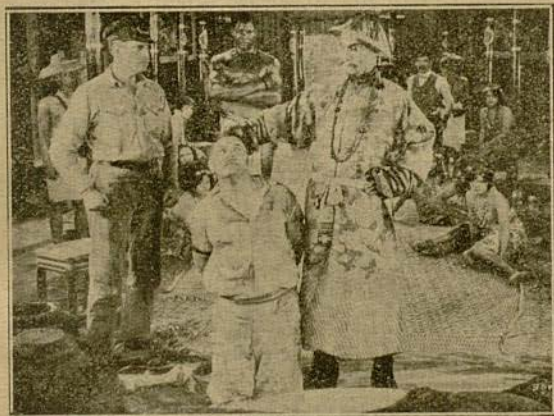
—Y como han traído otro blanco con méritos para ocupar el puesto de Donato Hearne, éste va a ser puesto en libertad—dijo el señor de la isla.

Motilla ordenó a sus hombres desembarcasen a Cramsey, y éste apareció poco después, con las manos atadas, y lanzando terribles maldiciones contra sus carceleros.

Juana, espantada, apartó la vista de él, mientras Cramsey seguía protestando contra su cruel destino.

A un orden de Yut Sen, Hearne fué liberado de su prisión y pudo ir al palacio del gobernador a abrazar a su hermana.

Los ojos de los dos hermanos se llenaron de lágrimas, y al enterarse del sacrificio que por él pretendía hacer la muchacha, el joven protestó con toda la fuerza de su alma, no queriendo que aquello se llevara a cabo.



... Cramsey seguía protestando contra su cruel destino.

—Calla... Tal vez haya algún medio para que podamos escapar todos—le dijo ella al oído—. No eches con tus protestas a perder ahora tu libertad.

Tomás Meloy protestaba también, pero hombre más sereno y tranquilo, nada dijo, y sólo

se dispuso a buscar el medio para que el proyectado casamiento no se llevara adelante.

—Esta noche—dijo Yut Sen con una sonrisa terrible—, a la salida de la luna, comenzará la fiesta que doy en vuestro honor, capitán Motilla y en el de vuestra futura esposa.

Juana sonrió forzosamente mientras las lágrimas acudían a sus ojos. El pirata puso un beso en sus manos. Pero ella, por encima de Motilla, contempló a Meloy y a su hermano como pidiéndoles no la desampararan en aquel trance angustioso.

La mirada ardiente de ellos fué la prometedora contestación.

* * *

Y llegó la noche, de fiesta, de orgía... Yut Sen había invitado a sus amigos a la cena, y éstos bebían abundantemente y de vez en cuando besaban a las muchachas que ofrecían sus labios con toda tranquilidad.

A la fiesta estaban invitadas también las tripulaciones del barco pirata y del paquebote de Meloy.

Juana, en medio de Yut Sen y de Motilla, sufría profundamente, buscando un medio que no llegaba para huir.

Motilla la besaba a veces la mano, y esto producía a Meloy y a Hearne que estaban cerca de allí, unos deseos feroces de caer sobre el pirata y jugarse el todo por el todo.

—¡No puedo aguantar más, Hearne, no puedo!—exclamó el capitán Meloy en un acceso de celos.

—¡No sea usted loco, Meloy! ¡Aguarde! ¡Nos matarían en un instante!

Y en un rincón prosiguieron presenciando cómo Juana era obsequiada por los orientales.

Bailarinas de ropas ligeras alegraban la fiesta con sus extrañas danzas de pagano ritmo.

Alec, el segundo de a bordo de Meloy, se hallaba en el mejor de los mundos en compañía de una muchacha que nada tenía de esquivia.

El capitán Motilla contemplaba cada vez con mayor pasión a Juana. Esta comprendió que el momento de que aquel hombre llegase a las exigencias era una cosa inminente. Y mujer hábil y lista concibió un plan que tal vez por el momento la salvara de los deseos del pirata.

Comenzó a mirar a Yut Sen con ojos tiernos, rendidos, de mujer que se enamora... Y hasta una vez su mano, como al descuido, rozó una de las manos del gobernador.

Sintió este viejo estragado la oleada de una repentina pasión y miró rendidamente a la hermosa. Y murmuró con cierto delicioso éxtasis:

—Es verdaderamente bella esa mujer... ¡Una flor deliciosa!

—¡Muy bella, sí! ¡Y pertenece al capitán Motilla!—repuso el pirata, deseoso de conservar el derecho intangible de propiedad.

La besó otra vez la mano. Por encima de él, Juana sonrió a Yut Sen. Este pareció compren-

der; aquella muchacha se había enamorado de sus "gracias". Y propuso a Motilla:

—¡Dame tu novia, capitán, y la mitad de cuanto poseo será para ti!

Motilla movió la cabeza en actitud implacable.

—Todas tus riquezas, señor, no podrían pagar un rizo de sus cabellos.

—Es que mis riquezas son enormes... honorable capitán.

—No. Mi amada no tiene valor.

Calló Yut Sen y la fiesta prosiguió hasta media noche... Luego, el gobernador, como viese que Juana daba muestras de cansancio, dijo:

—La cámara de los huéspedes está dispuesta... Te deseo un sueño feliz en mi humilde isla.

Juana alejóse tristemente hacia su dormitorio, guiada por unas doncellas.

¿Iba a consentir el gobernador que Motilla entrase en su cuarto? Y cuando Motilla hizo ademán de seguirla, Yut Sen poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—El grato reposo de tu novia no debe ser turbado por nadie, querido amigo. Todavía no estás casado con ella.

Motilla fué a protestar, pero comprendiendo que era imposible luchar aquella noche con Yut Sen, acató, a regañadientes, su determinación.

Y de esta manera, Juana pudo pasar tranquilamente la noche en su habitación sin que nadie la importunase, y con la puerta guardada por

un enorme negro, impávido y fiero como un lebre.

Hearne y Meloy bendijeron la intervención de Yut Sen y esperaron ansiosos a que amaneciese para buscar la oportunidad y escapar... huir... hacia tierras civilizadas...

* * *

A la otra mañana, Meloy y Hearne se encaminaron hacia la habitación de Juana.

Se detuvieron a pocos pasos de ella al ver a Motilla al frente de un grupo de hombres, hablando con el negro guardián.

—¿Y la señorita? ¿Dónde está?—decía el pirata—. ¿No pasó aquí la noche?

—¡No hay nadie aquí!—contestó el negro abriendo la habitación, que apareció vacía.

—¡Ah, traidor! Voy en busca de tu amo.

Quiso el negro contenerle, y comenzó entre ellos una lucha rabiosa.

—El choque entre ellos nos favorece—dijo Meloy—. Mientras se cortan el cuello unos a otros, buscaremos a Juana.

Motilla salió vencedor de su pelea con el negro y se encaminó al frente de sus hombres hacia el palacio del gobernador.

Meloy y su amigo corrieron a auxiliar al negro y le preguntaron el paradero de Juana... Y el negro, destrozado ya por una muerte próxima, les indicó el lugar donde por orden de

Yut Sen aquella noche había sido trasladada Juana.

Entretanto, Motilla hablaba con Yut Sen y le decía:

—¿Y la señorita Juana? ¿Dónde está?

—No sé... Lo ignoro... querido amigo...

—¡Nada de tus buenas palabras! ¡Contesta a mis preguntas, o barreré esta isla como un tifón!

—Te repito que nada sé.

—¡Miserable!

Motilla y sus hombres se arrojaron sobre Yut Sen y le derribaron en tierra, apuñalándole. Luego cogieron un gran jarrón y con él le aplastaron la cabeza.

El pirata lanzó un grito de triunfo.

—¡La isla pertenece a Motilla ahora! ¡Decid a todos mis hombres que lo tomen todo!

Los piratas salieron para apoderarse por entero de la isla, mientras Motilla y otros de sus secuaces obligaban a un partidario de Yut Sen a confesar dónde estaba Juana.

—¿Y la señorita? ¿Dónde está?

—En la choza... playa abajo... sobre la gran colina...

Motilla y sus gentes salieron hacia el sitio indicado.

Cramsey había logrado libertarse de sus carceleros aprovechando la confusión que reinaba. Y enterado por uno de los negros del sitio donde estaba presa Juana, allí corrió con todo el ardor del hombre que quiere llegar a tiempo.

Estaba ya muy cerca de la colina, pues pasando por atajos había conseguido ganar ventaja a todo el mundo, cuando Meloy y Hearne que iban a salvar a Juana, le descubrieron.

Al verles, el malvado dió un grito y se internó por unos zarzales.

Meloy lanzó una maldición.

—¡Mientras usted, Hearne, salva a Juana, yo voy por Cramsey!—dijo—. Nos reuniremos luego en el bote.

Alec, su segundo, le siguió también...

Pero entonces llegó el pirata Motilla con varios de sus hombres, y entre ellos y las gentes de Meloy comenzó una implacable lucha, terminando con la derrota definitiva de los piratas.

Motilla y Meloy combatieron rudamente. El pirata empuñaba un cuchillo, pero en una de las vueltas que dieron por el suelo, torpemente se lo clavó contra su propio corazón.

¡El mismo se había hecho justicia!

Donato Hearne había llegado entretanto frente a la cabaña y después de vencer al negro que la guardaba, consiguió entrar en ella y abrazar a Juana, la tierna hermana de tan hermosos sentimientos.

El segundo de a bordo no había perdido tampoco la ocasión. Logró dar alcance por una de las veredas a Cramsey, maniatándole y obligándole a seguirle.

La victoria de los justos fué, pues, definitiva.

El capitán Meloy y sus amigos abandonaron de nuevo la isla, dejándola en poder de los ma-

layos para que nombraran un nuevo gobernador.

Meloy obligó a Cramsey a seguirles. Lo entregarían en Borneo a las autoridades para que respondiese del crimen que vilmente había querido imputar a Donato Hearle.

Y durante toda la travesía, Cramsey vióse obligado a efectuar las faenas más difíciles... Debía ganarse la manutención... Había llegado para él la hora de las reparaciones.

Y cuando el paquebote llegó a Borneo, después de aquella expedición por la libertad y el honor, ya Juana y Meloy se habían dicho, en la paz infinita de un atardecer., que su amor era inmenso como el mar que dulcemente los mecía...

F I N

Ha sido revisado por la Censura

MAÑANA saldrá el XIV cuaderno
de la novela en 20 cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Precio: 25 céntimos

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití
Estrellas dichosas
La senda del 98
Espejismos
Evangelina
Orquídeas salvajes
El caballero
Egoísmo

Acaba de aparecer:

La máscara del diablo

Mañana:

¡Acontecimiento!

El pan nuestro de cada día

por Charles Farrell y Mary Duncan

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

8. 19-2-6/8

GRAN EXITO DE

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

Otro gran éxito

La Novela Sentimental Precio: 30 cts.

¡Novedad!

La Novela para Todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Precio: 30 céntimos

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1